

abierto en el costado de las montañas. La segunda corriente, que se llama Rhin del medio ó Rhin mediano, tiene su origen en las neveras del monte Luckmanier en la frontera meridional del país de los Grisones, y corre derecho al Norte á arrojarle en el Rhin de adelante. Reunidas y formando ya un fuerte río estas dos corrientes precipitan sus aguas hácia el Este en un hermoso valle que reúne todas las bellezas salvajes y pintorescas de los países helvéticos. La cuna de la tercera corriente, que designa el nombre de Rhin de atrás, ó Rhin superior, es de un aspecto todavía mas notable y mas fuertemente caracterizado que el de los otros dos. A medida que el Rhinwall (valle del Rhin) cuyo fondo le sirve de lecho, se

levanta adelantando hácia el monte Adula, su apariencia es cada vez mas desierta, mas desolada: ya no son mas que tapices de nieve, montones de hielos, macizas rocas. El valle está cortado bruscamente por una inmensa muralla de hielos que sube perpendicularmente á una altura de cerca de dos mil pies. Del pie de esta nevera sale un cañito de agua: este es el Rhin superior. Allí el viajero busca en vano alguno de los mil cañaverales con que Boileau en su descripción famosa hace murmurar el nacimiento del Rhin. Todos los torrentes que nacen de las faldas de los montes Adula, Splügen, Septmer, Albulá, etc., todos traen sus aguas al Rhin superior, que dirigiéndose primero al Este se lanza después rápidamente



Vista del Rhin en Lauffemburgo.

hacia el Norte para ir á confundirse con las otras dos corrientes. En la aldea de Reicheneau, no lejos de la ciudad de Coira, y después de haber recorrido cada una de ellas de veinte y cinco á treinta leguas del país, se reúnen las tres corrientes, se confunden, y forman perdiendo sus epítetos distintos el río Rhin.

Ancho de más de doscientos treinta pies cuando entra en Coira, capital de los Grisones, el Rhin que ya era un manantial de prosperidad por la fecundidad que derrama sobre sus orillas, por las pesquerías que alimenta, se convierte en una vía de comunicación, en un medio de transporte para el comercio, por las numerosas barcas que vivifican su corriente. Los rasgos salvajes y ásperos de los

paisajes de sus orillas se dulcifican al mismo tiempo; y menos imponentes, son mas graciosos y mas suaves. A los sombríos y profundos bosques de pinos, á las masas de rocas áridas, á los siniestros ventisqueros suceden voluptuosas praderas, ricas mieses, vergeles, viñedos; y la comarca que recorre y anima el río desde Coira á Mayenfeld está tan llena de encantos que se le ha llamado el paraíso de la Suiza. Después de haber sido la línea de demarcación entre los cantones de los Grisones y de San Gall, el Rhin continúa costearo la estremidad oriental de este último cantón, y marca en las inmediaciones de Mayenfeld, en el lago de Constanza, la frontera del Austria y de la Suiza. En esta parte de su curso, el río, que sigue

siempre su camino hacia el Norte, y que recoge todavía numerosos afluentes, de los que el mas considerable es el Ill, vuelve otra vez á tomar algunas de sus silvestres bellezas, y del independiente aspecto que tenia en su nacimiento. Su rapidez extrema, las masas de rocas, los restos de árboles que arrastra en su corriente, no permiten á los barcos el subirlo, y solo ayudados de radas pueden los habitantes servirse de él para esportar ó recibir las mercancías. El valle mas ancho y el cauce menos encajonado dejan mas libertad á las impetuosas olas. Cuando se deshacen las nieves en el país de los Grisones vienen los torrentes á aumentar sus aguas destrozando las tierras ribereñas: los restos de las poblaciones van á sumergirse en las profundidades del lago de Constanza, y cuando las aguas se retiran, el suelo presenta una espesa capa de légamo.

En el momento de entrar en el lago de Constanza las aguas del Rhin mas tranquilas y mas profundas sirven para la navegacion, y los buques vienen á buscar en Rheineck los productos de la industria helvética para repartirlos á lo largo de las orillas del lago. Recibido por el lago de Constanza hacia su estremidad oriental el rio, cuya elevacion sobre el nivel del mar es de cerca de mil ochenta pies, atraviesa el lago en toda su longitud, baña los muros de la ciudad de Constanza; despues saliendo de la parte principal del lago entra en la parte inferior llamada Untersee que atraviesa casi en toda su longitud. Cuando sale de Untersee, corriendo hacia el Oeste, el Rhin se despliega sobre una anchura de cerca de trescientos cincuenta pies, y lleva consigo los convoyes de barcas cargadas de mercancías procedentes de Alemania, de Suiza y de Italia. Empero muy pronto un accidente del terreno viene á interrumpir de nuevo la navegacion, creando en compensacion uno de los espectáculos naturales mas magníficos que presenta la Suiza. Despues de haber bañado la ciudad de Schaffouse, el rio forma bruscamente un recodo que vuelve hacia el Sur como para volver á entrar en Suiza. Apenas han recorrido sus aguas una media legua en esta direccion, cuando comienzan á moverse y á correr mas rápidamente: el cauce se estrecha; se levantan escollos por todas partes, y rompen las olas que huyen sobre un lecho de rocas. La rapidez, la agitacion de las aguas aumenta á medida que se aproximan á una enorme roca cuya última cima mantiene el castillo de Lauffemburgo. Allí el banco de rocas sobre el que rodaban las olas les falta de repente, y toda la masa del rio llevada por su peso cae y se abisma desde una altura de setenta pies. Antes de ocultarse así el banco de la roca, levanta en el aire tres pedazos en medio del rio enteramente á la orilla del precipicio. No puede pintarse la violencia furiosa con que las aguas contenidas en lo mas fuerte de su impulso vienen á estrellarse en aquellos obstáculos, la celeridad horrenda con la que rechazadas se deslizan por cada lado de aquellos diques que no pueden conmover sus eternos sacudimientos. Rotas por aquellas resistencias, por sus terribles convulsiones, las aguas se trasforman en polvo, se reducen á espuma, se esparcen en granos de lluvia, disipándose en vapores que van á humedecer todas las rocas de alrededor y á condensarse en gotitas: empero todos aquellos polvos, todas aquellas espumas, todas aquellas lluvias, todos aquellos vapores

caen poco á poco en el abismo donde la masa del rio se agita y hierve con una horrible efervescencia. A distancia de dos leguas de Lauffemburgo se oye un sordo mugido que anuncia la lejana cascada. Aquella catarata, la mas hermosa y grandiosa de toda la Europa, es un manantial de productos para el canton de Schaffouse, á la que atrae numerosos viajeros. Varía de aspecto segun las estaciones, y segun las horas del dia en que se le contemple. La época en que despliega toda su magnificencia es el momento en que se deshacen las nieves, porque entonces las aguas considerablemente aumentadas y cargadas de matices mas vivos producen los mas brillantes reflejos.

A la hora en que el sol vibra sus rayos sobre la catarata, los rayos de luz que se cruzan por todas partes con las olas de la lluvia, crean admirables accidentes, y el abismo aparece iluminado con profusion con todos los colores de mil arcos iris. Cambia la escena, y toma mas solemnidad cuando las sombras de la noche caen, y la vista sigue con trabajo los movimientos de las aguas, y el ruido parece al contrario ser mas grave y mas terrible. Algunos aficionados prefieren, por último, visitar la cascada á la claridad de la luna. El contraste que forma entonces el mugido de las olas con la calma mas profunda de la naturaleza, es de un extraño efecto, y de un encanto indecible. Muchos puntos están recomendados como sitios de observacion para abarcar la catarata en su conjunto y en sus detalles: entre ellos el balcon de Lauffemburgo, y el castillo de Warth.

La navegacion del Rhin interrumpida una media legua, mas arriba de la caída de Lauffemburgo, no puede volver á continuarse sino mucho mas abajo de la cascada, cerca del castillo de Warth.

Durante este intervulo, se desembarcan las mercancías que se transportan por tierra, hasta el punto en que los buques pueden de nuevo volver á navegar el rio para ir hasta Lauffemburgo, donde el Rhin presenta otra vez obstáculos y peligros.

Entre Warth y Lauffemburgo, tránsito durante el cual se forma la frontera comun á la Suiza y al gran ducado de Baden, el rio que corre directamente al Oeste, trazando sin embargo largas sinuosidades, recibe una cantidad considerable de aguas tributarias que le envian los países situados en sus dos orillas: el Aar, sobre todo, que viene de lo interior de la Suiza, y casi del mismo punto de donde ha partido el Rhin, le trae un rico contingente.

Numerosas barcas, multitud de maderas flotantes que bajan por el rio, le dan nuevo movimiento. Llegado á Lauffemburgo en la Argovia, cuya vista presentamos á nuestros lectores, el Rhin estrecha de nuevo su cauce. Sus aguas comprimidas por escarpadas orillas, corren mas rápidas; trozos de granito, bancos y escollos las entreabren por todas partes: y un brusco declive del terreno le obliga todavía á precipitarse desde alguna altura, y á formar una nueva cascada. Allí, lo mismo que en Lauffemburgo, es preciso interrumpir la navegacion, y descargar las barcas. Estos accidentes que modifican el curso del rio, lo hacen particularmente favorable para los salmones; así es que este pescado abunda allí, y contribuye á alimentar todo el país inmediato á Lauffemburgo: sobre todo hacia la orilla derecha es donde se encuentra el pescado, porque las barcas é instrumentos, los trenes de madera que se mantienen con preferencia sobre la orilla izquierda, los asusta

y los echa á la orilla opuesta. La pesca de red es tambien muy abundante en Laulfemburgo: una redada da de comer á toda una familia. Estas dos pescas forman una de las principales industrias de los ribereños. Continuando en dirigirse hácia el Oeste, entre el ducado de Baden y la Suiza, el Rhin entra muy pronto en aquel último pais para ir á regar la ciudad, y una parte del canton de Basilea.

Cerca de los muros de aquella ciudad, y volviéndose de repente hácia la derecha para tomar su camino al Norte, abandona definitivamente el terreno helvético, despues de haberlo regado durante un centenar de leguas. Su anchura es entonces de seiscientos pies, y su profundidad media varía entre diez y doce pies. Al abandonar la Suiza el Rhin, se convierte en un rio de Francia y de Alemania; y corriendo en una tierra de completa y antigua civilización, en comarcas en que la naturaleza lo ha modificado, en que los valles son menos profundos, y menos altas las montañas, se despoja poco á poco de sus tan pintorescas bellezas para rodearse de paisajes de aspecto menos elevado, menos grandioso, pero mas lindo y mas espléndido: el arte humano va á dotarlo ricamente: ciudades de antiguo renombre van á comunicarle algo de su celebridad, y se envanece con sus puentes sino con sus cataratas.

Saliendo de Basilea, el rio toca casi inmediatamente con Huninga, donde comienza la Francia, y durante cuarenta y seis leguas corre entre este imperio y el gran ducado de Baden, costeando el limite oriental de los departamentos del alto y del bajo Rhin. Sembrado de innumerables islas durante esta travesía, estiende, despliega, y cubre con sus aguas un espacio de mil á mil cien pies de ancho, empero disminuye su profundidad. Se puede todavia hacer flotar sobre sus aguas, buques de dos á dos mil quinientos quintales de carga, pero no por eso deja de ser difícil la navegacion. Las orillas del valle que inunda algunas veces con sus aguas, están bien cultivadas, bien plantadas, y ofrecen lindos puntos de vista; aunque ninguna ciudad importante, ningun monumento notable, si se exceptúa el puente de Kehel, adorna sus orillas.

Al lado de Lauterbourg, despues de haber recibido las aguas de la isla en su izquierda, el Rhin alejándose de la frontera de Francia, marca la línea de separacion entre el gran ducado de Baden y el círculo bávaro de *Dos-Puentes*. Allí comienzan las grandes ciudades de Alemania á adornar las márgenes del gran rio, y sus aguas bañan á la derecha las murallas de Manhein, y á la izquierda las de Spira.

Su curso, que lleva entonces mas de mil doscientos pies, se anima mas y mas por el comercio, la navegacion y arrastres de maderas. Proporcionados aquellos arrastres que vienen desde el fondo del *Bosque Negro*, están dispuestos con colosales dimensiones. Son verdaderas islas flotantes, sobre las que se embarcan y viven numerosas familias y bestias de carga destinadas para su uso. Prolóngase el viage todo lo que dura el navío, cuyas proporciones se van reduciendo y aminorando en cada estacion, en cada ciudad donde se detiene, por el desmembramiento de algunas partes de sus materiales, y la colonia no desembarca sino cuando el último arrastre, el del centro, se ha vendido.

Dejando á la vez en el momento de llegar á Worme el gran ducado de Baden y el círculo de *Dos-Puentes*, el rio, que continua siempre hácia el Norte, comienza á inclinarse hácia el Oeste; penetra entonces en el gran ducado de

Hesse Darmstadt que atraviesa hasta Maguncia: despues corre al principio entre este ducado y el principado de Nassau; despues entre aquel principado y el gran ducado prusiano del bajo Rhin. Numerosos afluentes, de los que los principales son el Neker y el Mayn, lo engruesan desde que se aleja de la frontera de Francia. En Maguncia su anchura es de mil trescientos pies, y sin embargo, como están sus aguas muy encerradas, su profundidad es de cerca de veinte y cuatro pies.

En el punto preciso donde el rio al llegar á la ciudad de Bingen toca á la frontera del gran ducado del bajo Rhin, comienza uno de los países mas notables y mas afamados, y riega con su curso el célebre Rhingant. Allí el Rhin se despliega con toda su magestad. Corriendo á su placer en un abierto valle da á sus aguas mil ochocientos pies para estender su anchura.

Todavía no ha abandonado la Suiza cuando el rio ve los viñedos cubrir sus costas, que dibujan las sinuosidades de su curso, y el vino del Rhin tiene grande fama aun antes de entrar en el Rhingant. Pero allí las viñas adquieren de repente una cualidad superior; sus productos tienen un alto precio, y no hay vino mejor que el de Johannisberg. El paisaje que vivifica el rio en el Rhingant es en su conjunto imponente por su inmensidad: revela en sus detalles toda la prosperidad del pais. Por todas partes sus riberas están bordadas por elegantes poblaciones, casas de campo, viñedos y vergeles.

Recorrido el Rhingant cambia la escena. Encerrado en un lecho mas estrecho el Rhin apenas tiene mil doscientos pies de alto. Dos cordilleras de montañas entre las que se adelanta, vienen á estrecharle de cerca y bañan sus pies en sus aguas. El rio que desde Coblenza, donde el Mosella viene á enriquecerle, recorre el ducado del bajo Rhin, no vuelve á tener mas anchura sino al aproximarse á Colonia. Durante este intervalo el paisaje que ofrecen las orillas está por su aspecto en perfecta armonía con las impresiones que dan las dos ciudades que acabamos de nombrar. Todas las cimas de las rocas llevan sobre sí alguna capilla, ó alguna ruina feudal.

Mas bajo se alzan numerosos campanarios indicando aldeas, mientras que desde los terrados que retienen las tierras vegetales, sobre los que hay hileras de árboles y de viñas, vienen á formar en su primera base un dique á sus aguas. Estos puntos de vista, aunque limitados de cerca por las montañas, están llenos de movimiento, de variedad y de interés. Aun antes de llegar a Colonia el pais se allana, y el rio que continua su camino hácia la Holanda, atraviesa la provincia de Cleves y de Berr, volviendo á tomar muy pronto su mayor anchura, mil ochocientos pies; pero no presenta nada que distraiga las miradas, y sus orillas son monótonas.

Despues de haber bañado todavia las ciudades de Dusseldorf, de Wessel, y de Henmerik, y despues de haber recibido en su curso las aguas del Ruhr y del Lippe, llega el Rhin á la Holanda, pasando últimamente por Utrech y por Leiden.

El Rhin se une por fin con el Danubio en el Kinzig.

Este rio ha dado nombre á muchas divisiones territoriales en Francia, en Alemania, en casi toda la estension de su largo curso.

ESTUDIOS MORALES.

LA GITANA.

El verano pasado, hallándome en San Sebastian á donde habia ido á pasar la temporada y á tomar los baños de mar, estaba un capitán de marina sentado una tarde con una linda hija suya á las deliciosas márgenes del Urumea. Llegóse á los dos á pedirles una limosna una gitana que con un niño en los brazos y un sombrero de paja en la cabeza demostraba ser estrangera, si estrangeros pueden ser los gitanos que no tienen hogar ni domicilio fijo, y para quienes el mundo entero es su patria.

La niña, que se hallaba al lado de su padre, tendría á lo mas unos catorce años. Dió una moneda de plata á aquella infeliz, la cual habiéndola recibido con las espresiones de agradecimiento con que acostumbran siempre á recibir las gitanas una limosna, se quedó mirándola fijamente, y la dijo:

—Esta niña se parece singularmente á S. M. la emperatriz de los franceses. Tiene su ancha frente, sus cejas, su mirar, su peinado en forma de corona, y su color mate y puro; la misma caída de megillas y la misma espresion en su boca. Si se le añadiese la curva aquilina en la nariz y el oro veneciano de sus cabellos seria un retrato idéntico.

Aquel cumplido hizo ponerse colorada á la niña, la cual preguntó que qué emperatriz era aquella.

—Hija mia, la respondió su padre, esa es una historia de magia.

—Yo ya tengo mas de los doce años y sé que no hay brujas ni magos, dijo la niña meneando la cabeza.

—Grande error, replicó la gitana; siempre ha habido hechiceras; pero las nuevas no se parecen á las antiguas. Oigame vd., si quiere:

Pues señor, habia en otro tiempo en España una jóven graciosa y buena como vd. Su familia se hallaba enlazada con las razas reales. Tenia en sus venas la sangre azul de aquel Guzman el Bueno, que defendió á Tarifa en 1492. Uno de sus antepasados, escocés, Roger Kirkpatrick, ha sido cantado por los bardos y trovadores y por Walter Scot en *El Lord de las Islas*. Era el compañero, el hermano de armas del rey Roberto Brucio, á quien libró de su enemigo Comyn, y que le dió por blason una mano con un puñal y la divisa: *Doy la muerte segura*.

Ustedes conocerán á aquel Roberto Brucio, que envió su corazón sin vida á Jerusalem, ya que no lo pudo mandar vivo: aquel corazón tan valiente y tan temido que Douglas se lo arrojaba á las huestes mahometanas gritando:

—¡Vamos, noble corazón, marcha el primero al combate como en otro tiempo!

La madre de la jóven, para casarse con su padre, grande de España, desarrolló su genealogía hasta el rey Brucio, y su abuelo dijo á su yerno:

—Si queréis subir mas alto estoy á vuestras órdenes.

Aquel abuelo tenia otra nobleza mucho mejor todavía:

el haber arruinado su casa en servicio del último de los Stuarts. La jóven era tambien duquesa y el nombre de su ducado significaba *altura*, Montijo, sitio donde una leyenda española pone la montaña donde se detuvo el arca de Noé: pero la historia auténtica lo hace datar de 1322, cuando aquel dominio fué conquistado por los cristianos á los árabes.

Ustedes saben que las antiguas hechiceras y magos jamás dejaban de acudir á la cuna de algun niño, y sin embargo, este debe su grandeza á las nuevas hechiceras de que hace poco tiempo hablé á vds.

La primera que se le presentó bajo una humana forma fué una gitanilla enferma, que su madre, mas enferma todavía, llevaba en sus brazos á los alrededores de Madrid. La duquesa iba en un coche hecho espresamente para ella, forrado de terciopelo y seda. Se bajó de él e hizo subir á la gitanilla, la que le dijo con su lenguaje sencillo:

—En nada puedo recompensaros; pero que Dios se encargue de ello y os *haga reina* cuando seáis grande.

Echóse á reir la española al oír aquellas palabras. El segundo hechicero fué un pobre anciano á quien la jóven daba todos los días algunas friolerillas de las de su merienda. La tercera una loca de Aranjuez, cuyos furores calmaba llevándola sus juguetes y sus alhajas: y la cuarta una costurera arrojada de su casa, desprovista de todo, y á la que hizo volver á una casa llena de abundancia.

Después se multiplicaron las hechiceras de año en año, al mismo tiempo que se multiplicaban los encantos y las gracias de la duquesa. Los afligidos que consolaba, los hambrientos que la debían su pan, los enfermos que hacia curar, los mendigos que enriquecia, los ignorantes, vagabundos, huérfanos, y hasta los pobres presos á quienes socorría y daba un asilo, una familia, el arrepentimiento, ó el perdón: y todos aquellos desgraciados la repetían uno tras otro, como si se hubiesen puesto de acuerdo:

—¡Que Dios os pague todas nuestras deudas *haciendoos reina un día!*

Sonreíase ella á estos deseos y ponía en el cielo toda su recompensa.

Esta grande, la perla de las Españas, la jóven que tenia una riquísima imaginación, y una alma ansiosa de hacer bien, y un corazón intrépido, se puso á viajar con su madre para ver las hermosas cosas del estrangero. Algunas veces caminaba á caballo y en traje andaluz, con una escolta de criados en mulas y caballos, sin saber qué direccion tomar su fantasía.

Una mañana que iba de esta manera encontró un mendigo, bajo cuyos harapos se ocultaba otro encantador. Después de haberle echado su bolsillo le dijo sonriéndose:

—¿Sabes el camino de la gloria y de la felicidad?

El pobre le enseñó el camino de Castilla la Vieja.

—¿Adónde dirige?

—A Francia.

—¿Quién ha pasado por ahí?

—Constanza, muger de Luis VIII; Blanca, muger de San

Luis; Isabel, muger de Felipe III; Juana, muger de Felipe IV; Leonor, muger de Francisco I; Isabel, muger de Carlos IX; Ana, muger de Luis XIII; María Teresa, muger de Luis XIV. Vaya vd. con Dios, y que él os haga reina como á las demas, dijo el mendigo haciendo la señal de la cruz:

Y la jóven no riéndose ya esta vez, pasó los Pirineos. En Aguas-Buenas encontró un batallon de hechiceros, y todos los indigentes y pobres del país fueron sus súbditos. Cada mañana desde lo alto de su balcon les distribuía la limosna, que alimentaba el cuerpo, y la sonrisa que da espansion al alma. Para ellos la jóven duquesa era la aurora.

Uno solo faltaba á la cita, un ciego impotente que su debilidad tenia clavado en el camino á media legua de la ciudad. En cuanto lo supo la española se paseó todos los días hácia aquel lado y ella misma llevó sus liberalidades al imposibilitado.

Cuando se marchó de Aguas-Buenas atravesaba dos filas de pobres deshechos en lágrimas. El ciego estaba á la cabeza y la gritó en nombre de todos al recibir un último napoleon:

—¡Que Dios os lo pague, señora, y os haga reina!

—¡Reina! (1) dijo por último la duquesa; ¡ojalá que fueses reina en efecto para poder consolar todas las miserias!

Algunos meses despues una inmensa comitiva conducía á la nieta de *Guzman el Bueno* á la catedral de Nuestra Señora de París, donde iba á recibir el título de emperatriz.

Allí vieron todas las naciones del mundo de cuyos habitantes se hallaba lleno París, pasar aquella comitiva; pero

(1) Hechos contados por un testigo ocular, Mr. Eugenio Labrousse, cñiller del Consulado de Francia en Cartagena. (Véase *La España* del 10 de febrero de 1883.)

lo que no habian visto y lo que sin embargo estaba allí, es que la triunfadora veía tal vez en los ojos de su conciencia aquella tropa de encantadores y de magos nuevos que tiraban de su coche imperial, niños, pobres, enfermos, afligidos y todos cuantos habia socorrido la duquesa en su dolor, y que repetían en coro:

Dios la paga nuestras deudas, Dios la hace reina: nosotros la elevamos al trono.

En aquella tropa habia dos hechiceros del mismo día: unos trabajadores desgranando y distribuyendo al pueblo el collar de diamantes de seiscientos mil francos que la soberana habia refusedo recibir del ayuntamiento de la villa de París, y un niño de la *Sociedad Maternal* distribuyendo á las madres indigentes los doscientos cincuenta mil francos que habia encontrado la imperial novia en la canastilla de boda.

La niña que habia dado la limosna á la gitana, al oír lo que esta acababa de decirles ya no dudó de las encantadoras y hechiceras modernas. Entonces echando mano á su bolsillo le dió todo el dinero que llevaba, derramando de sus inocentes y pueriles ojos una lágrima.

—Así será vd. reina tambien, reina de los corazones, le dijo la gitana besándola la mano.

Retiróse la gitana, y despues la niña quedó haciendo una porción de preguntas á su padre sobre lo que acababa de decirle aquella pobre á quien habia socorrido.

Seguramente que cuando el tiempo haya alejado este gran suceso de haberse colocado en el trono imperial de Francia una bella y noble española en el siglo XIX con preferencia á todas las familias soberanas, parecerá un verdadero cuento de encantadoras, y nada, sin embargo, es mas cierto para gloria de nuestra nacion.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.



ESTUDIOS RECREATIVOS.

UN PADRINO DE LANCE.

Hará cosa de quince años que en un día de los mas cortos del año, un domingo, se hallaba parado un carruaje en la puerta lateral de la catedral de Arras. Hacia una media hora que el cochero murmuraba lleno de impaciencia y de frio:

—¡No tardan poco, decia, en bautizar á un niño!

—Es, dijo el sacristan que salía de la iglesia, que no ha llegado el padrino, y voy hasta la diligencia de París, que es donde debe venir.

La diligencia se habia retrasado, y el sacristan volvió á dar cuenta de aquel incidente al sacerdote y al padre.

—Mi hijo ha entrado en la iglesia, dijo el padre, y quiero que salga de ella con el sacramento que viene á recibir. Buscadme un padrino, no importa cual, con tal que sea hombre de bien y buen cristiano.

La puerta que da frente á la calle de los Lombardos se hallaba abierta, y un jóven de veinte á veinte y un años entraba en la iglesia.

—Este es el hombre que necesitamos, dijo el sacristan, es hijo de un honrado jornalero.

—Acercáos, amigo mio, dijo el padre al jóven asombrado. Aquí teneis vuestra comadre: le designó una hermosa jóven de doce años.

Comprendió el jóven de lo que se trataba. Comenzó entonces el sacerdote su sagrado ministerio.

Apenas habia terminado, cuando resonaron pasos de hombre en la iglesia.

Héte aquí el mozo de la diligencia trayendo un personaje de buena traza que llevaba en el ojal de su frac la cinta de la legion de honor: era el padrino pue se aguardaba. La diligencia que le traía á Arras se habia roto en el camino.

—Ya era tiempo, dijo el padre apretándole la mano.

—Que quieres, amigo mio, he hecho ochenta leguas, y no diré en vano, porque tengo la alegría de volverte á ver.

—No podia, replicó el padre, hacer pasar la noche en la iglesia al señor cura y á mi hijo con el frio que hace. Además, no hubiera sido decente que mi hijo, el hijo de

un breton, saliese de la iglesia sin ser cristiano.

Como se habia concluido la ceremonia, el padrino queria retirarse.

—No, dijo el padre, vais á acompañar á vuestro ahijado y á vuestra comadre; vais á acompañarnos, quiero presentáros á mi muger.

Entonces el elegante carruaje condujo al padrino, la madrina y el niño, á uno de los hermosos hoteles de la opulenta plaza llamada la *Plaza de la Ciudad vieja*. Allí estaba preparada una magnífica comida.

El joven obrero recibió los honores como padrino. Habiéndose despedido, obtuvieron de él la promesa de que vendria con frecuencia á ver á su ahijado. Empero estas relaciones no duraron largo tiempo.

Como el padre pertenecía á la administracion militar, bien pronto fué trasladado con un destino superior á una ciudad del Mediodia: no se marchó sin despedirse del padrino.

Desde aquel dia el padrino de lance no volvió ya mas á oír hablar de su ahijado, ni de su familia: no se atrevió tampoco á tratar de informarse de ella.

Algunos años despues vino á hacer quiebra uno de los mas grandes establecimientos comerciales de Arras. Su caída se hacia presentir, y un gran número de trabajadores fueron despedidos: los mas previsores se habian con anticipacion proporcionado trabajo en el extranjero.

Entonces nuestro joven, hábil fundidor de metales, marchó para la capital, y se colocó en casa de un fabricante de bronce, en donde se distinguió por su buena conducta. Un año despues se casó con una joven de Arras, cuyos padres habitaban en París hacia muchísimos años.

El sacudimiento político de 1848 vino á dejar sin trabajo otra vez á casi toda la clase obrera. Al mismo tiempo las insensatas predicciones de los revolucionarios hacian al obrero el enemigo del fabricante y del rico. Se han visto las consecuencias de estos manejos. Si los hombres de los clubs hubiesen llevado á las clases trabajadoras el vivo interés que por ellas ponderaban, les hubieran enseñado la calma y la moderacion. No fué así, y la miseria fué tan grande en París que el gobierno reclutó muchos colonos para la Argelia. En noviembre de 1848 se verificó su marcha: los mejores, los mas animosos obreros se veian en

cierto modo obligados á abandonar la Francia: el joven padrino de Arras fué del número de ellos. Una crecida muchedumbre se agolpaba sobre el muelle de La Greve, donde padres y amigos se despedian tiernamente.

El padre y la madre de su muger los acompañaron hasta el muelle del puerto.

—¡Que Dios me ayude! fueron las últimas palabras que pronunciaron al separarse de ellos.

Algun tiempo despues el buque de vapor de Tolon desembarcaba en Argel á los dos jóvenes casados. Los dos se presentaron en la intendencia para obtener el permiso de ir á habitar en Constantina. Asombróle al joven la fisonomía del gefe de la oficina, y se apresuró á preguntar su nombre.

¿Cuál no fué su sorpresa al saber que aquel empleado superior era el mismo cuyo hijo habia tenido en las fuentes bautismales en la catedral de Arras?

Tomando entonces la mano de su muger, le dijo:

—Muger, al abandonar la Francia hemos encomendado á Dios el cuidado de nuestra existencia: Dios nos oye hoy: he aquí nuestro protector, señalando al gefe de las oficinas.

Diez minutos despues, las puertas del salon se hallaban abiertas de par en par para el joven obrero.

Sábese que los hijos de la Bretaña jamás olvidan el menor servicio.

—No saldreis de Argel, le dijo el honrado breton; permaneceréis en mi casa hasta el momento en que os hayais proporcionado una honrosa y ventajosa posicion. Tengo necesidad de vos: me habeis hecho un favor: la Providencia me proporciona la felicidad de séros útil á mi vez; le doy gracias por ello.

Ahora se ve en una de las mas hermosas calles de Argel, en la que dirige desde el hôtel ó casa del gobierno al puerto, una soberbia tienda de fabricante de bronce; es la del padrino de lance. Todos los dias da gracias á Dios por haberle conducido hace quince años á la catedral de Arras. Solo echa de menos y siente, que el sacristan no haya vivido bastante tiempo, para hacerle saber que era él á quien debía el origen de su felicidad, y haberle dado muestra de su agradecimiento.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL PERRO DE TERRANOVA.

El perro de Terranova es el mas noble representante de la raza canina. Tiene una condicion mas elevada, y una mision mas alta que la de los demas perros. Sin duda la amistad de los falderos está á prueba de las circunstancias, escollo en que vienen á estrellarse las afecciones humanas: sin duda su humor alegre distrae en la prosperi-

dad, y su ternura filial consuela en la desgracia; pero vienen los peligros, y el falderillo es impotente para socorrer á su amo. El perro de Terranova, al contrario, es un protector, un salvador en el peligro: su ayuda es mas eficaz que la intervencion humana, lo que revela en él una superioridad incontestable. No socorre solo á su amo, sino á cualquier hombre á quien pueda ser útil. El gozque es el amigo del hombre: el perro de Terranova es el amigo de la humanidad; y solo el perro de los Alpes del monte de San Bernardo merece ser clasificado tan alto como él en la escala de la raza canina.

Esta hermosa especie de perros es, como lo indica su nombre, originaria de la isla de Terranova; y difícil sería hallar una patria que le fuese mas á propósito. La isla de Terranova, situada á la entrada del golfo de San Lorenzo, entre el Labrador y el Canadá (al 51° de latitud N., y 57° de longitud O.), ofrece, aunque mas aproximada al Ecuador, grandes analogías con la Islandia: es una comarca desnuda, desolada, montañosa y pantanosa, que envuelven espesas nieblas, que cubre largo tiempo la nieve, y que padece durante la mayor parte del año un rigoroso frío.

Los lagos, los rios y las lagunas, se han multiplicado de tal modo allí, y son tan estensas, que aunque es de largo unas ciento veinte leguas, y de unas sesenta y seis de ancho, está inundada nada menos que la tercera parte de la superficie de toda la isla.

Este perro de Terranova está particularmente creado para vivir en aquel pais de hielo y de agua, como el perro de Turquía que tiene la piel casi afeitada, está formado para las regiones cálidas del Oriente.

Su talla ó estatura es mas elevada que la de los otros perros: sus miembros son mas fuertes y mas robustos. Un espeso y largo vellón le rodea por todas partes, y no permite al frío penetrar hasta la piel. Sus patas tienen una estructura notable: anchas y vigorosas, tienen la planta mas aplastada, y las membranas que unen los dedos el uno al otro, mas desarrolladas que en las otras especies de perros; en una palabra, son pies, por decirlo así, palmeados.

Esta conformación hace al perro de Terranova particularmente propio para nadar; y como ademas está provisto de un gran poder de pulmones, lo mismo se zambulle que nada. Tales son su vigor y su rapidez en romper las olas; su facilidad en jugar en su superficie, ó en desaparecer en su profundidad; tal es en fin, su inclinación al agua, que se puede hasta cierto punto colocarle entre los animales anfibios. Tiene tambien en su hocico prolongado; en sus sedosas orejas; en su piel algunas veces blanca ó gris; en sus gruesas patas cubiertas de vello; en su marcha un poco pesada, empero donde se descubren sin embargo la fuerza y la agilidad, alguna cosa que recuerda vagamente al oso del polo. Para completar esta armonía entre el perro de Terranova y el pais en donde ha sido colocado, el pescado fresco ó salado es el alimento que mas prefiere, y lo mismo que los groenlandeses ó los esquimales no soltaría un pedazo de salmon ahumado ó de bacalao fresco, por una tajada de vaca.

Semejante animal, provisto en lo físico de fuerza, de destreza, y de una robusta salud, y dotado en lo moral de las mejores cualidades, no podría por otra parte dejarse ocioso é inútil en un pais, en que la naturaleza no ha prodigado sus liberalidades, y donde el hombre debe mas que en ninguna otra parte sacar partido de todo. El perro de Terranova ha sido, pues, empleado como bestia de carga y de tiro por las raquíticas tribus de los micmas y de los indios rojos, únicos indígenas conocidos en esta isla, y por los europeos franceses, irlandeses, americanos, y sobre todo ingleses (la isla de Terranova pertenece á la Inglaterra,) que habitan en número de setenta mil las orillas orientales de la isla, es decir, los parages mas inmediatos al gran banco de Terranova. Los perros de Terranova llevan y arrastran de lo interior de las tierras á las orillas del mar, casi todas las maderas necesarias para los usos de la

marina y de la pesca. Los perros de la Groenlandia y de Kamtschatka, hacen á sus amos, es verdad, servicios casi semejantes; pero hay entre ellos y los perros de Terranova toda la diferencia que separa al colono servicial de un recalcitrante esclavo. Apenas enganchado al trineo el perro del esquimal ó del kamtschacalés está en continua lucha, tan pronto declarada, tan pronto sorda, contra su conductor: todos sus esfuerzos se dirigen á derribar ó hacer pedazos el trineo, para poner así término á su esclavitud. Si percibe, por ejemplo, que su guía ha dejado caer el palo que le sirve á la vez de látigo y de brida, inmediatamente sale á todo galope, para alejarse lo mas pronto posible del temible instrumento; y no deja una sola vez, habiendo llegado muy lejos, de hacer tropezar el trineo contra cualquier obstáculo, ó de precipitarse en cualquiera hondonada. No son estos los sentimientos con los que los perros de Terranova aceptan la tarea que se les impone: lejos de eso, se asocian enteramente á la intención de su amo, y dirigen toda su inteligencia para auxiliarse. La sagacidad y buena voluntad que despliegan en esto, son verdaderamente extraordinarias. Cuatro perros de Terranova enganchados á un trineo, llevan rápidamente mas de cuatrocientas libras de madera durante muchas millas, y no es necesario que su conductor los acompañe todas las veces; les basta haberles enseñado la dirección que deben llevar, y el punto donde deben pararse.

Después de cargados puede dejárseles solos: entregados á ellos mismos, echan á andar; recorren el tránsito y llegan al punto donde se les dirige sin detenerse en el camino, como si el ojo del amo estuviese y el látigo fijo sobre ellos. Apenas descargados vuelven á tomar su carrera, y tornan al bosque llenos de ánimo y de alegría á buscar nueva carga; y estas idas y venidas se verifican siempre sin accidente ni novedad en el espacio de tiempo estrictamente necesario. Verdad es, que para estimular y guiar su celo, un pedazo de pescado les aguarda en el punto de partida y en el punto de llegada; empero esta circunstancia no puede disminuir su mérito, porque el móvil de la esperanza es de un orden mucho mas superior al del temor; y aquí, ademas, la recompensa está de tal manera distante del primer esfuerzo que debe pagar, separándola tantos accidentes intermediarios, que la asociación sola de estas dos ideas denota un instinto superior al de la mayor parte de los demás animales.

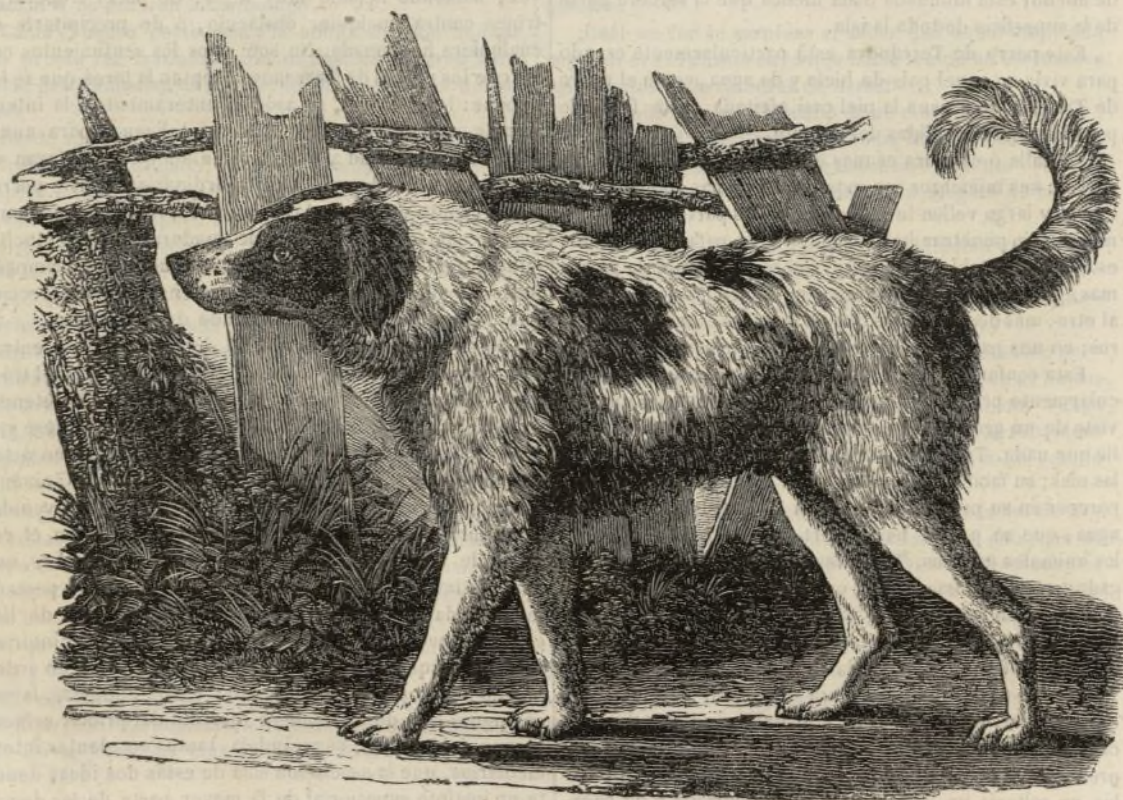
Todavía tiene el perro de Terranova títulos mas notables á la elevada gerarquía que le hemos asignado. Transportado á nuestros climas, ha sido llamado á otras funciones; la asombrosa aptitud que en ellas despliega anuncia, por decirlo así, que esta es su verdadera vocación. Se ha explotado su habilidad en nadar y en sumergirse, y por medio de una educación preparatoria se le ha acostumbrado á sacar del agua todos los objetos que pueden en ella caer, y sobre todo á salvar las personas en peligro de ahogarse. El perro de Terranova, convenientemente adiestrado, llena su misión con una abnegación y una inteligencia sin límites. Cual si se juzgase siempre de servicio, cual si el pensamiento de su deber lo tuviese siempre presente, vigila sin descanso en la corriente de las aguas, y por su propio movimiento, sin aguardar ninguna orden, se precipita en ellas desde que descubre alguna cosa que cree

debe sacar. Los puertos, los canales, los rios, no tienen guardas mas seguros que ellos, ni mas vigilantes. Asi los perros de Terranova se cuentan á la vez entre los medios encargados de proveer á la seguridad pública, y entre los instrumentos y los medios de salvamento.

No se sabe entre las numerosas anécdotas contadas en honra y gloria del perro de Terranova, y que dan á conocer su celo y su sagacidad, cuál hemos de escoger. Tan pronto en un naufragio, en el momento en que cada cual solo piensa en sí, él no piensa sino en socorrer al que pueda necesitarlo: tan pronto sin haber recibido esplicaciones, y comprendiendo por sí mismo por la apreciacion

exacta de las circunstancias se echa á la mar, y va á llevar á un navío que zozobra la punta de la cuerda que le han colocado en la boca: aqui un nadador combatiendo lejos de á bordo con la mayor agonía, ve llegar al perro que habiéndole visto desde la playa, y juzgándole en peligro, viene á ofrecerle su auxilio, y le acompaña hasta tierra firme nadando á su lado: aqui un viagero atravesando un rio por el vado, encuentra en la boca de su perro un paquete que habia dejado caer en el agua sin haberlo visto.

Citémos todavía para reasumir en un solo ejemplo, cuanto puede decirse en alabanza de los perros de Terranova, un hecho que los periódicos ingleses han contado



El perro de Terranova.

últimamente. Dos niños de ocho á diez años se divertían en hacer sobre la superficie de un canal en Londres andar un barquichuelo: uno de ellos se inclina demasiado hácia el agua, y se resbala: el otro quiere detenerle, es arrastrado en su caída, y los dos desaparecen en las olas. Reúnese la multitud, y contempla los desesperados esfuerzos de las víctimas que de tiempo en tiempo aparecen sobre la superficie: pero como el canal era profundo, y no habia ningún barco en la inmediacion, los dos niños se hallaban en el mayor peligro cuando vino un perro de Terranova atraído por el tumulto: apenas vió lo que pasaba, cuando se precipitó en el agua; vuelve á aparecer muy pronto llevando uno de los niños por sus vestidos: pero se le escapó la criatura; el perro volvió á sumergirse de nuevo, y esta vez cogiéndole con mas fuerza nadó hácia la orilla: llegado

al alcance de los concurrentes, les alargó, por decirlo así, su carga, levantando la cabeza; despues, en cuanto la vió en seguridad entre las manos de los espectadores, nadó al sitio donde habia desaparecido el otro niño, y volvió á meterse debajo del agua para buscarle. Habiendo sido vano el primer esfuerzo, se vió obligado á subir á la superficie del agua para respirar sin haber podido encontrar al niño. No se desanimó sin embargo, y volvió á sumergirse de nuevo, volviendo triunfante con el niño en la boca, que acababa de arrancar á una muerte cierta. En cuanto llegó á tierra con su carga la depositó allí; y comprendiendo que habia terminado su papel, se alejó despues de haber sacudido sus largas lanas húmedas, cual si hubiese querido sustraerse á los ruidosos aplausos de la muchedumbre.